

# ¿Fascistas o revolucionarios? Política de izquierda y de derecha entre los campesinos pobres <sup>1</sup>

---

Leslie Anderson

---

(Traducción: Mónica Fernández Fraga.  
Revisión: Rubén Blanco y Javier Noya)

**M**ientras que la democracia va extendiéndose más allá de los países industrializados avanzados para incluir a cada vez más sociedades con importantes poblaciones rurales, los estudiosos de estas nuevas democracias se encuentran con que a menudo los habitantes rurales son los miembros más conservadores de los nuevos electorados. Esta pauta es particularmente pronunciada en América Latina, donde los votantes rurales apoyan a los candidatos de derechas, mientras que los de las zonas urbanas se muestran más centristas o de centro izquierda <sup>2</sup>. Esta pauta es de lo más preocupante cuando la elección de los líderes se basa en la personalidad, el carisma y en promesas contradictorias, y no en la organización del partido para obtener el apoyo electoral, y además, cuando estos líderes durante su mandato hacen ostentación de su poder y socavan las instituciones y las prácticas democráticas. Esta pauta es común en América Latina, donde los presidentes, una vez que son elegidos, se muestran irrespetuosos con la ley o directamente autoritarios (pensemos en los casos de Perú, Argentina, Nicaragua y Brasil).

Lo más preocupante de tales presidentes es el apoyo popular que reciben, incluso en elecciones posteriores. Pero, en este aspecto, los electorados de América Latina no son únicos. En otros lugares y en otros momentos de la historia el pueblo eligió líderes autoritarios que, una vez en el poder, desoyeron las reglas democráticas y finalmente destruyeron la democracia. Estas pautas fueron evidentes en Europa a principios y mediados del siglo XX, cuando una gran parte del electorado europeo apoyó al fascismo y al populismo autoritario en el contexto de la expansión del sufragio y de una nueva e inestable democracia <sup>3</sup>. En este sentido, el fascismo fue un producto del siglo XX y de la introducción de la política de masas de que fue acompañado. El fascismo supuso «un verdadero entusiasmo popular» que sólo pudo ocurrir una vez que las masas se vieron implicadas en la política a través de la democracia <sup>4</sup>. Antes de la llegada de la democracia, mientras la monarquía gobernaba en Europa, el fascismo era imposible. De hecho, Payne ha apuntado que el autoritarismo es una de las mejores protecciones contra al fascismo <sup>5</sup>. Mientras la derecha a menudo temía que

el incremento del electorado beneficiaría inevitablemente a la izquierda o al socialismo, de hecho la llegada de la democracia y sus primeros momentos en algunos países europeos demostró que el nuevo electorado con derecho a voto podía muy bien apoyar a líderes de derechas y no democráticos. Actualmente los electorados de algunos países de América Latina parecen mostrar esta misma pauta de comportamiento.

El papel de la población rural es clave para comprender esta pauta de apoyo popular al fascismo y al autoritarismo populista. De igual manera que los latinoamericanos del campo son a veces los votantes más conservadores, también los europeos de las zonas rurales se contaron entre los primeros y más acérrimos partidarios del fascismo a principios del siglo XX. Esta pauta no ha comenzado con la «tercera ola» de la democracia <sup>6</sup>, e invita al examen detenido de los casos en los que se manifestó por primera vez.

## El rompecabezas

**E**l conservadurismo rural en las nuevas democracias actuales es sorprendente puesto que la mayoría de la bibliografía reciente sobre la política rural ha hecho hincapié en la política izquierdista de los pobres de las zonas rurales. La bibliografía sobre «estudios campesinos» que comenzó después de la guerra de Vietnam resalta las simpatías políticas izquierdistas entre los habitantes del campo <sup>7</sup>, haciendo escasa referencia al fascismo rural europeo de las primeras épocas.

Marx predijo el conservadurismo rural, y no se mostraría muy sorprendido por el apoyo electoral rural a la derecha que ha emergido en las democracias en vías de desarrollo. Sin embargo, la mayoría de la bibliografía sobre activismo campesino en las sociedades que ahora se están democratizando ha demostrado que Marx se equivocaba. Los estudios de política rural, desde 1960 en adelante, han encontrado básicamente ejemplos de izquierdismo campesino. Los campesinos han jugado un papel central en las revoluciones en Rusia, China, Vietnam, Cuba, México y Nicaragua, por mencionar sólo algunos casos. Antes de la llegada de la democracia y de los estudios

electorales contemporáneos a las sociedades en vías de desarrollo, los estudios campesinos constituían nuestra única ventana hacia el voto y las simpatías políticas de los campesinos pobres. Esta bibliografía, y su descripción de los campesinos como revolucionarios, nos ha dejado desprevenidos ante las pautas de voto de los ciudadanos actuales de las zonas rurales en las nuevas democracias.

Este desacuerdo entre, por un lado, las pautas de voto de los pobres de las zonas rurales en las democracias en desarrollo, tanto en Europa como en América Latina, y, por otro lado, la conclusión mayoritaria de la bibliografía sobre activismo campesino antes de la democracia nos conduce a un rompecabezas. ¿La imagen que se infiere de los estudios campesinos, y que destaca el izquierdismo rural, es un reflejo auténtico de la política de los pobres de las zonas rurales? ¿Es resultado de una secuencia global, en la que las comunidades rurales apoyaron a la derecha a principios y finales del siglo XX, y a la izquierda en las décadas de los sesenta, setenta y ochenta? ¿O es la prueba de que el izquierdismo rural es un artefacto producido por los casos elegidos o las simpatías políticas de los estudiosos? ¿La investigación sobre la población pobre de las zonas rurales ha estudiado básicamente ejemplos en los que los campesinos eran izquierdistas, prestando relativamente poca atención al activismo rural de derechas? ¿Cuál es la manifestación más predominante, o «natural», de las preocupaciones, el activismo y las protestas rurales? Los campesinos ¿son fascistas o revolucionarios?

## El objetivo

**E**l presente trabajo estudia este rompecabezas explorando algunos de los casos más conocidos de activismo rural de derechas, y buscando pautas que puedan explicar el apoyo rural a movimientos no progresistas, autoritarios o fascistas. Estas se dan en los casos de Francia, Italia, Alemania y Argentina. Este artículo no examina explícitamente el caso español, porque el fascismo de este país se diferenció de los otros casos de derechas examinados aquí en aspectos que son clave para entender el comportamiento popular <sup>8</sup>.

Revisando estos cuatro casos, el trabajo sigue un enfoque histórico en el convencimiento de que la comprensión de la pauta del autoritarismo rural en épocas anteriores nos puede ayudar a comprender mejor su actual reaparición. Si bien el ensayo se centra en dos movimientos ampliamente considerados «fascistas» (Italia y Alemania), no pretendo resolver el complejo debate sobre la definición de fascismo. En lugar de hacer eso, considero cuatro movimientos populistas que se mueven dentro del «campo magnético» derechista del fascismo<sup>9</sup>, y en los que se ponen de relieve varias características fascistas.

El objetivo de estudiar en detalle estos cuatro casos de autoritarismo es la búsqueda de pautas similares entre estos casos. ¿Existen indicadores en diferentes sociedades que puedan decirnos cuándo serán derechistas las simpatías políticas de las poblaciones rurales? Si vamos a intentar sacar conclusiones acerca de las tendencias de voto de los ciudadanos de las zonas rurales, necesitaremos algunas generalizaciones. Si los campesinos son revolucionarios algunas veces y fascistas otras, ¿cómo podemos saber cuál será su voto en unas elecciones determinadas? Cuando tratamos de comprender o influir en el voto rural en las democracias en desarrollo, ¿qué circunstancias pueden provocar el apoyo de los campesinos a la derecha y cuáles pueden fomentar el izquierdismo rural?

El resto de este artículo se divide en tres secciones y una conclusión. Comienza con un marco de análisis, al que sigue una breve exploración histórica de los cuatro casos en los que la población rural apoyó la política de derechas, fascista o neofascista. Para el estudio del apoyo rural al fascismo examino tanto los datos de voto —cuando existen y son relevantes— como las actividades de movimientos sociales. Ambos son indicadores del apoyo rural a un tipo específico de política. El propósito de esta primera sección es buscar en las distintas sociedades pautas que estén detrás de las circunstancias que rodean al apoyo rural a la derecha. Sólo entonces podremos extraer de estos casos algunas conclusiones generales sobre las circunstancias en las que la población rural apoyará políticas derechistas.

La segunda sección esboza las conclusiones generales a las que se ha llegado tras los estu-

dios exhaustivos sobre el izquierdismo y el apoyo a la revolución social de izquierdas entre los campesinos. En este punto, la bibliografía es más extensa y teórica, lo que hace innecesarias la revisión de los casos y la búsqueda de modelos abstractos. La segunda sección resume la teoría sobre el izquierdismo campesino. Pero, de nuevo, el propósito será identificar las pautas que en las distintas sociedades van asociadas al izquierdismo rural.

En la tercera sección, de carácter comparativo, se contrastan las pautas encontradas en la política rural de derecha y de izquierda, subrayando las diferencias y similitudes entre los modos en que los dos enfoques políticos consiguen el apoyo rural. Esta indagación en el fascismo y la revolución rurales se centra en la motivación y la lealtad en las bases populares, intentando comprender cómo, por qué y cuándo los movimientos sociales rurales han apoyado al fascismo o al izquierdismo. Este artículo no pretende adentrarse en temas más amplios, como el cambio de régimen o las alianzas necesarias para hacerse con el control del Estado. Teniendo esto presente, comencemos con un caso de fascismo rural que nunca trató de obtener el control del Estado.

## El marco de análisis

**E**n los apartados que siguen recurro a numerosos estudios sobre el activismo campesino tanto de naturaleza derechista como izquierdista. Respecto a los primeros, investigo casos específicos en los que los campesinos o las comunidades rurales gravitaron hacia un liderazgo y unas soluciones políticas de derechas. En lo que se refiere al izquierdismo campesino, hago uso de la bibliografía mucho más extensa que ha producido teoría sobre el izquierdismo campesino y rural. Sin embargo, antes de iniciar esta indagación en el activismo rural, propongo un marco para comprender las razones y la motivación que hay detrás de él. Este marco incluye la consideración del trasfondo del activismo político rural (la propiedad de la tierra y la naturaleza de las crisis económicas, así como las relaciones sociales) y de un primer término en cualquier ejemplo concreto de activismo (la naturaleza,

habilidad y efectividad del liderazgo; la presencia de un partido u organización grupal; y el uso de la ideología, el carisma o el etnocentrismo en la retórica de movilización) <sup>10</sup>.

## EL TRASFONDO

Cualquier manifestación concreta de activismo político rural se desarrolla dentro de un contexto más amplio de relaciones económicas y sociales que preceden al propio activismo. Este trasfondo influye tanto si la mayor parte de la comunidad rural la forman pequeños terratenientes y propietarios, como jornaleros sin tierras que trabajan a cambio de un salario. Este trasfondo económico determina si la población de las zonas rurales percibe que sus problemas están causados por una clase de propietarios rurales egoístas e inconscientes que explotan a sus jornaleros, o por unas circunstancias económicas de declive generalizado, de las cuales el Estado es responsable parcial o totalmente. El trasfondo económico, por lo tanto, interactúa con el trasfondo social, determinando la posición de la población rural y la percepción que tiene ésta de quién es el detentador de poder, responsable de su situación difícil y capaz de resolverla.

Muchos tipos de trasfondo social y económico pueden dar lugar a graves crisis económicas que llevan a la comunidad rural al borde de la desesperación y le hacen dudar de su capacidad de supervivencia. Una grave depresión nacional o internacional puede hacer caer los precios de las cosechas y restringir los créditos, poniendo en peligro la supervivencia de los pequeños propietarios o los grandes hacendados que pagan salarios a los jornaleros. La derrota de un país en una guerra, especialmente si va seguida del pago de indemnizaciones, puede tener como consecuencia un efecto similar. Del mismo modo, los cambios graduales de las normas sociales de reciprocidad, o el ascenso de un Estado cada vez más grande y explotador, o distintas circunstancias políticas nacionales, pueden dar lugar a que los terratenientes exploten cada vez más a los arrendatarios o jornaleros, hasta el punto de que estos últimos no tengan suficiente para vivir. En los lugares en los que la población rural está compuesta por pequeños propietarios a los que les gustaría conservar su tierra, éstos muestran una tenden-

cia conservadora a mantener lo que tienen y son propensos a gravitar hacia la derecha. En cambio, los trabajadores agrícolas asalariados, que no tienen tierras que perder, viven más al límite y perciben sus circunstancias claramente en términos de clase. A menudo son menos conservadores y más propensos a gravitar hacia la izquierda. Con todo, ni el régimen de tenencia, ni la falta de propiedad de la tierra, pueden determinar por completo la naturaleza izquierdista o derechista del activismo rural. Los pequeños propietarios rurales pueden comportarse como izquierdistas incluso si su tendencia va en la dirección contraria, como sucedió en la revolución en la provincia de Boaco (Nicaragua) antes de 1979 <sup>11</sup>. Igualmente, los jornaleros pueden hacerse de derechas, como en el caso de la Italia fascista. Por lo tanto, el trasfondo de la crisis económica y la relación con la tierra no determinan por sí solas si el activismo rural se mueve hacia la izquierda o hacia la derecha. Si una situación da lugar a una explosiva crisis económica rural, ésta puede encauzarse políticamente hacia la izquierda o hacia la derecha dependiendo de la naturaleza y la destreza de los líderes, de la existencia de un liderazgo personalizado o de partido, y del discurso de los líderes y activistas. Estos factores constituyen el primer término del activismo rural. Prestemos, pues, atención a este punto.

## EL PRIMER PLANO

La naturaleza del liderazgo político, el estilo y la habilidad organizativas, y la base de la retórica de motivaciones que se aplica son los determinantes inmediatos que hacen que el activismo rural sea derechista o izquierdista. El uso de una retórica izquierdista, socialista o de influencia marxista, si va acompañado de un liderazgo y una organización efectivos, es muy probable que dé como resultado un activismo rural izquierdista. Si la crisis personal y económica a la que se enfrenta el sector rural puede describirse, aprehenderse y articularse en términos ideológicos, es probable que los activistas rurales sean izquierdistas. En cambio, una retórica de etnocentrismo, desconfianza, culpa, teorías conspirativas y victimización va asociada al activismo de derechas, y si los motivos de queja pueden plantearse en estos términos, la comunidad rural puede decantarse

por la derecha. Aunque esta retórica de derecha puede elaborarse con teorías darwinistas o raciales, éstas nunca constituyen una ideología completa y coherente. Allí donde la ideología está más desarrollada y es más consistente, es más probable que el activismo sea izquierdista; por el contrario, donde la ideología es débil, inconsistente, o está ausente, el activismo probablemente será de derechas.

El estilo de liderazgo de la organización activista es otro aspecto de este primer término que probablemente determinará si el activismo rural será izquierdista. Los activistas que operan sobre la base de una organización de grupo o de partido cohesionada por creencias ideológicas, que antepone las necesidades sociales a los intereses individuales, son más propensos a generar un activismo político izquierdista. Estas organizaciones pueden promover a un único líder, fuerte, eficaz y convincente, pero ese líder operará dentro de un grupo, partido o contexto organizativo que incluye a otros líderes capacitados y populares, y una organización de otros líderes, militantes y partidarios. El liderazgo de grupo, la multiplicidad de líderes y una organización partidista fuerte están asociados a, y potenciados por, una retórica política izquierdista o socialista que antepone las necesidades grupales y sociales a los intereses individuales.

En cambio, la presencia de un liderazgo unipersonal extremadamente poderoso, que descansa enormemente en el carisma y el estilo personal, a menudo va asociado a un activismo político derechista. Cuando un líder como éste actúa deliberadamente para socavar la creación de una organización o partido, o, aunque permita un partido, sigue insistiendo en que cualquier otro líder debe ser un subordinado, e incluso un siervo, del «líder», entonces es incluso más probable que el activismo político sea derechista. La personalización del liderazgo elimina la necesidad de una ideología completamente desarrollada para conservar a los partidarios del movimiento o líder. La adhesión emocional al líder puede suplir el razonamiento ideológico que hay detrás de la lealtad. Madsen y Snow llaman a esto adhesión irracional, en contraste con la lealtad racional o meditada, que se alimenta de la comprensión y la creencia de una ideología <sup>12</sup>.

Vemos, por lo tanto, que la naturaleza del discurso y la retórica políticos, junto con el

estilo de liderazgo, son dos factores determinantes en primera instancia que, además, funcionan bien en equipo: un liderazgo de grupo y una organización partidista en conjunción con una ideología sofisticada y completamente desarrollada; un liderazgo personalizado, individualista, básicamente carismático combinado con una ideología débil o ausente. En los apartados siguientes trataremos los factores de primer y segundo orden que determinan el tipo de activismo rural. Posteriormente consideraremos ambos tipos de determinantes y la secuencia misma del activismo rural en el contexto histórico internacional.

**Tabla 1. Trasfondo: tenencia de la tierra, contexto económico y relaciones sociales**

	<b>IZQUIERDA</b> Propietarios/ arrendatarios o Jornaleros	<b>DERECHA</b> Pequeños propietarios
Nicaragua	X	
Italia	X	
Alemania		X
Francia (norte)		X
China	X	
Vietnam	X	
Cuba	X	
Argentina		X

**Tabla 2. Primer término: capacidad de liderazgo, presencia de un partido / organización, retórica, ideología o carisma**

	<b>IZQUIERDA</b> Ideología consistente, partido	<b>DERECHA</b> Líder único, carismático
Nicaragua	X	
Italia		X
Alemania		X
Francia (norte)		X
China	X	
Vietnam	X	
Cuba	X	
Argentina		X

Como podemos ver en la tabla 1, en la mayoría de los casos entre las circunstancias de trasfondo encontramos relaciones propieta-

rio-arrendatario, en las que la comunidad rural tiene múltiples razones para orientarse más probablemente hacia la izquierda que hacia la derecha. Sin embargo, encontramos algunos casos más en la columna de la derecha si tomamos en consideración el liderazgo y la capacidad, el estilo y la retórica organizativos. Un trasfondo con una situación de tenencia de la tierra que convierte a la población rural en jornaleros, antes que en pequeños propietarios, no garantiza de ningún modo un activismo rural de izquierda. Unos líderes derechistas hábiles pueden convertir un trasfondo de inclinación izquierdista en una base para el activismo derechista. El caso italiano ejemplifica cómo puede suceder esto. Y, por supuesto, algunas circunstancias del trasfondo se prestan con mucha más facilidad al activismo de cualquier color. La población rural alemana era muy accesible a la retórica y al activismo derechista debido al contexto de trasfondo. En último término, por supuesto, el color político del activismo rural viene determinado por factores tanto de trasfondo como de primer término. Prestemos atención ahora a los casos y observemos cómo interactúan los determinantes de trasfondo y de primer plano para producir activismo político de uno u otro signo (derechista o izquierdista).

## I. Derechismo campesino

### A. *Henri Dorgeres y los Camisas Verdes franceses*

Con la idea de llamar la atención sobre el activismo derechista, este apartado se concentra en la Francia septentrional del período de entreguerras, dejando a un lado otras épocas y lugares en los que el campesinado francés fue izquierdista<sup>13</sup>. En la Francia de comienzos del siglo XX<sup>14</sup> encontramos tan sólo un movimiento fascista que fuese predominantemente rural: los Camisas Verdes de Henri Dorgeres<sup>15</sup>. Emergió en el período de entreguerras, y ejemplifica las motivaciones que hay tras el fascismo rural. En esa época, en el noroeste de Francia la mayor parte de la población rural estaba formada por pequeños propietarios. En el período de entreguerras el campo experimentó una grave crisis económica y una caída de los precios que se prolongó hasta los años veinte<sup>16</sup>. La crisis tuvo varias cau-

sas, algunas de las cuales tienen sus orígenes a finales del siglo XIX y principios del XX. La baja capacidad productiva provocada por las obsoletas técnicas agrícolas era un problema que venía de antiguo<sup>17</sup>. Otra causa fue la sobreproducción de trigo. En proporción a su tamaño, Francia producía más trigo que cualquier otro país, y los nuevos productores, como Canadá, Argentina y Australia contribuyeron al excedente de trigo<sup>18</sup>. El declive del mercado interior debido al lento crecimiento de la población y a la diversificación de la dieta presionaron aún más los precios a la baja. Finalmente, la Depresión junto con unas excelentes cosechas en 1932 y 1933 produjeron un desplome de los precios<sup>19</sup>.

Incapaces de vender su grano con un margen significativo de beneficios, los agricultores franceses veían al sistema político y al Estado como responsables de su crisis<sup>20</sup>. La deuda rural crecía, sin que hubiese políticas agrarias que la atacasen, mientras que, por el contrario, se intentaba aplicar los impuestos estatales y las contribuciones a la Seguridad Social<sup>21</sup> se imponían de modo insistente y agresivo. A medida que el desplome de los precios se contagiaba a la leche, la carne, las verduras y el vino, el campesinado enojado con el Estado comenzó a atraer la atención de los líderes políticos nacionales<sup>22</sup>.

Combinando ira y miedo con una crisis de confianza en el Estado republicano, los campesinos franceses se dirigieron hacia unos líderes que articularasen su desesperación. Aunque la retórica en defensa del campesinado provenía tanto de la izquierda como de la derecha, muchos campesinos comenzaron a responder a la retórica iracunda y emocional de Henri Dorgeres. Esta gravitación hacia Dorgeres comenzó en 1929 y alcanzó su punto más álgido en 1937. Mediante apariciones públicas en los días de mercado o en otros foros de gran capacidad, Dorgeres se hizo con la ira y el miedo del campesinado. Empleó un llamamiento emocional, que combinaba un despliegue visual de fuerza con una exhibición visceral de hostilidad, para la selección de cabezas de turco a los que culpaba de la situación rural. Su retórica se basaba en la victimización (del campesinado), la conspiración (a cargo del Estado francés) y los cabezas de turco (intelectuales y profesores de clase media)<sup>23</sup>.

Dorgeres combinaba sus tácticas emocionales con un llamamiento carismático a sus par-

tidarios y con la intimidación de aquellos a los que definía como enemigos. Era un enfoque que aportaba a sus seguidores una solidaridad emocional positiva y negativa: reconocimiento de su contribución a Francia, combinado con la culpa de quienes habían hecho más difícil la agricultura. Empleaba tanto la letra impresa como los discursos. Editaba un periódico que llegaba a muchos de los miembros del campesinado con un mensaje de aliento, apoyo, enojo y culpa. Se presentaba los días de mercado y reunía a sus partidarios en mítines. Quería crear un espectáculo y entretener, a la vez que influenciar y convencer. En sus discursos, Dorgeres enfatizaba sus palabras con imágenes visuales, la amenaza de la violencia y las sensaciones de control. Sus apariciones en los mercados amenazaban (aunque el uso de la violencia era muy escaso) y asustaba, a los objetivos de la ira del campesinado. Daban impresión de amenaza y vigor viril.

Dorgeres tenía una visión clara de la configuración política que quería. Rechazaba la democracia parlamentaria por su conflictividad y su reflejo de la división de clases. Era especialmente hostil hacia la asamblea legislativa. Rechazaba el conflicto de clase, estando a favor de una unidad corporatista y transclasiista, por lo cual era abiertamente hostil al izquierdismo e intentaba «hacer retroceder la amenaza comunista». Otorgaba poco valor a las soluciones legales y prefería intimidar a sus enemigos. Su retórica se basaba en los lazos comunitarios más que en los derechos individuales, y en la autoridad más que en el debate y la discrepancia. Empleaba a sus seguidores para boicotear las huelgas y reprimir los intereses de los jornaleros y de los campesinos sin tierras. Sus más leales partidarios eran agricultores medianos, especialmente aquellos inmersos en intercambios de mercado y, por lo tanto, vulnerables a sus oscilaciones <sup>24</sup>.

Tanto el trasfondo como el primer término del caso francés fomentaban un activismo rural derechista. La comunidad rural implicada estaba formada por pequeños propietarios cuya crisis económica se debía más a las políticas del Estado y a un declive general de la economía que al comportamiento de un terrateniente concreto. La crisis económica amenazaba a la población rural con la pérdida de sus tierras. En un contexto como éste, entró en escena Dorgeres, una figura relativamente

carismática pero que rechazaba las explicaciones izquierdistas de la crisis. Dorgeres no ofrecía una ideología coherente, pero adoptó la culpabilización, la victimización rural y la selección de cabezas de turco como parte de su explicación y solución.

En último término, el rechazo de Dorgeres de una organización de partido más amplia y efectiva acabó limitando su poder. Al contrario que Hitler y Mussolini, él nunca pretendió lograr el control del Estado, y rechazó las alianzas de clases que se lo hubieran facilitado. Es más, Dorgeres nunca contó con el apoyo de los conservadores franceses. Aunque el Estado republicano francés perdió legitimidad entre el campesinado, conservó un amplio apoyo entre muchos otros sectores de la sociedad <sup>25</sup>. Por estas razones, el apoyo de Dorgeres nunca fue nacional, concentrándose en el norte. En 1956 ganó un escaño en el parlamento del sistema republicano que había despreciado, pero lo perdió en 1958, tras lo cual su movimiento fue languideciendo poco a poco <sup>26</sup>.

### *B. Fascismo rural en Italia*

Al igual que en el caso francés, mi atención en el caso italiano se centra en las provincias del norte de Italia, en las que el apoyo fascista era fuerte. Sigo esta estrategia para diferenciar pautas dentro del apoyo rural al fascismo. El énfasis se pone en las preocupaciones, motivos, miedos y objetivos de la población rural, dado que son los factores que más probablemente influyen el voto en un escenario democrático.

La mejor manera de describir la situación rural italiana en el momento del ascenso del fascismo en La Toscana y la Emilia-Romagna es en términos de una relación de terratenientes y aparceros <sup>27</sup>. Los agricultores trabajaban sobre la base de la aparcería. Los campesinos vivían aislados unos de otros en las tierras propiedad de los terratenientes. A cambio de casa y una pequeña parte de la cosecha, trabajaban la tierra para sus terratenientes, quienes les daban trabajo y herramientas. La jerarquía y los lazos verticales llegaban incluso a las relaciones familiares. El terrateniente podía escoger al cabeza de una familia extensa, y usar su control sobre esta persona para influir en toda la familia. El aislamiento de los campesinos entre

ellos proporcionaba un contexto de impotencia en el que cada familia, separada del apoyo de otros miembros de clase campesina, se sentía incapaz de enfrentarse individualmente al terrateniente.

Aunque la explotación inherente a la relación de aparcería es evidente, a lo largo del siglo XIX, e incluso hasta los años veinte, este sistema de control se fue suavizando por la aparición de algunas, aunque pocas, formas de reciprocidad de los terratenientes con respecto a los jornaleros campesinos<sup>28</sup>. Los terratenientes estaban dispuestos a ofrecer a las familias pequeños préstamos para casos de emergencia y a condonar la deuda cuando su pago fuese imposible; les daban a las familias campesinas regalos en Navidad y en ocasiones señaladas, como las bodas o los bautizos. La reciprocidad de los terratenientes hacia los campesinos era el sucedáneo la mutualidad entre los campesinos, que tenían poco contacto entre ellos<sup>29</sup>.

Este sistema de reciprocidad sufrió un declive gradual con el cambio de siglo, cuando la agricultura italiana comenzó a enfrentarse a las presiones y a la competencia de la comercialización<sup>30</sup>. Los campesinos vieron como el volumen de su trabajo se incrementaba, pero también como la disposición de los terratenientes a participar en la reciprocidad disminuía poco a poco. Con el paso del tiempo, los campesinos se vieron estrangulados financieramente, mientras que las exigencias que se les hacían se mantenían constantes o aumentaban. Como consecuencia del deterioro de las relaciones campesino-terrateniente, la opresión aumentó. Los campesinos comenzaron a ver a sus terratenientes como responsables del deterioro de su situación, y el resentimiento creció entre los pobres de las zonas rurales.

En el contexto que estamos describiendo aquí, el empeoramiento de las condiciones de vida de los campesinos podía atribuirse fácilmente al comportamiento de los terratenientes, buscando una explicación basada en las clases. Como respuesta, la izquierda italiana consiguió articular las preocupaciones de los campesinos y hacerse con la lealtad rural. A medida que Italia avanzaba hacia el siglo XX y hacia la Segunda Guerra Mundial, las lealtades políticas de los campesinos en estas provincias del norte eran cada vez más izquierdistas.

Reforzando un trasfondo social que se prestaba al izquierdismo, las influencias

internacionales de la primera década del siglo XX proporcionaron más incentivos para el izquierdismo rural en Italia. Inicialmente, Rusia ejemplificaba el izquierdismo revolucionario campesino, aportando una retórica y una explicación de la pobreza que era ideológica y estaba formulada en términos de clase. La propia Primera Guerra Mundial contribuyó a aumentar el interés del campesinado por la izquierda. El ejército italiano era ineficaz, lo que hacía que hubiese bajas innecesarias que en un número desproporcionado pertenecían a la clase campesina. A medida que aumentaba la envergadura de las pérdidas en la guerra, los campesinos recordaron que la izquierda había sido la principal voz que se había opuesto a la entrada de Italia en la Guerra<sup>31</sup>. Conforme aumentaba la resistencia de los campesinos a la guerra, el ejército prometió tierras en propiedad a los soldados campesinos que permaneciesen en el ejército y sobreviviesen a la guerra. La promesa de la redistribución de la tierra encajaba a la perfección en la retórica izquierdista, que atribuía la pobreza rural a la explotación y defendía la redistribución de los recursos<sup>32</sup>.

Un trasfondo social y económico que se prestaba a las explicaciones de la crisis en términos de clase, combinado con las influencias internacionales, dió como resultado simpatías izquierdistas en la Italia rural del norte. Tras la Guerra, los partidos izquierdistas de esa región demostraron energía y perspicacia política en la organización de los campesinos para exigir mejores condiciones. Estos esfuerzos produjeron considerables mejoras en las condiciones de vida de la población rural pobre.

A finales de la década de 1910 la influencia izquierdista entre los campesinos del norte de Italia era considerable, y se ponía de manifiesto en los resultados electorales. Por ejemplo, en Boloña los socialistas ganaron las elecciones de 1919<sup>33</sup>. Llegados a este punto, a juzgar por los factores sociales y económicos en combinación con las circunstancias internacionales, el caso italiano semeja un caso claro de izquierdismo campesino. Y sin embargo sabemos que estas mismas provincias se convirtieron en bastiones del apoyo fascista en los años veinte y treinta. ¿Cómo podemos explicar las simpatías campesinas derechistas en el caso italiano, cuando los factores de trasfondo apuntaban en una dirección izquierdista?

La respuesta se encuentra en factores de primer término, como la habilidad de los líderes y el estilo organizativo. En el caso italiano, tales factores incluyeron errores cometidos por los líderes izquierdistas, y tácticas y liderazgo organizativos muy hábiles por parte de los fascistas. Investiguemos estos factores de primera instancia con más atención. En vista del éxito electoral y del fuerte apoyo local, los partidos y líderes izquierdistas incrementaron sus demandas cada vez más. Primero pidieron el fin del poder de los terratenientes para desahuciar a los campesinos, y después la participación de los campesinos en las decisiones de gestión de la actividad agrícola.

Conforme las reformas izquierdistas iban a más, las clases propietarias del norte de Italia se sentían más y más amenazadas. Los objetivos izquierdistas parecían ir más allá de reformas dirigidas a la mejora de la posición del campesinado en las actuales relaciones rurales, apuntando más bien hacia un esfuerzo para cambiar el propio sistema. Además, el Estado era débil y parecía poco dispuesta a asegurar la protección de la propiedad privada, concediendo en su lugar más privilegios a la izquierda<sup>34</sup>. Retrospectivamente, da la impresión de que los líderes izquierdistas italianos intentaron ir demasiado lejos demasiado rápido. Los propietarios temían al bolchevismo en Italia y estaban preocupados ante la posibilidad de que el fuerte apoyo izquierdista entre el campesinado pudiera traer la Revolución Rusa a Italia. El apoyo de los terratenientes al Estado parlamentario disminuyó y el fascismo surgió como una forma de autodefensa de los terratenientes.

Mientras que los líderes izquierdistas italianos cometieron errores, los líderes fascistas emergentes mostraron una previsión y habilidad política poco usuales. Si bien resulta fácil ver por qué los terratenientes italianos comenzaron a apoyar al fascismo, el deslizamiento gradual de los campesinos italianos en la misma dirección se debe a la habilidad de los líderes. Aprendiendo de la izquierda, el fascismo ofreció una solidaridad emocional a los pobres de las zonas rurales, y comenzó a articular las demandas campesinas. Ahora los fascistas, al igual que los socialistas, exigían un respiro en la crisis económica y la acción del Estado para mitigar la pobreza rural. Pero, a diferencia de la izquierda, el fascismo italiano

tenía grandes reservas económicas a las que podía recurrir. Hablamos de la riqueza de la clase terrateniente, cuyos intereses eran el verdadero motivo del fascismo italiano, a pesar del discurso comprensivo ofrecido al campesinado. En una competencia abierta basada en recursos materiales, el fascismo partía con una clara ventaja. Mientras que la izquierda sólo podía obtener privilegios materiales de forma gradual mediante reformas del Estado, los fascistas podían prescindir completamente del Estado, empleando la riqueza de los terratenientes en reconquistar la lealtad del campesinado y comprar el apoyo de los campesinos de la izquierda<sup>35</sup>. Los organizadores fascistas crearon sindicatos fascistas y animaron a los campesinos a que se afiliasen. Los sindicatos, que trabajaban directamente con los terratenientes, podían repartir recompensas y privilegios rápidamente sin tener que realizar cambios en las leyes, como los que estaban emprendiendo los socialistas. Los campesinos que se unieron recibieron tierras; los trabajadores, empleo. Los campesinos que permanecían leales a la izquierda no recibían esas recompensas y acababan perdiendo sus trabajos y el acceso que tenían a las tierras. El liderazgo hábil e implacable, que entendía el mundo del campesino y sabía como emplear la superioridad económica del fascismo, empezó a convertir campesinos izquierdistas en campesinos derechistas.

La estrategia fascista italiana también se basaba en el personalismo y el carisma. Los terratenientes empleaban su conocimiento de las relaciones rurales para escoger a un hombre fuerte o líder local. Algunos, como Italo Balbo en Ferrara, eran especialmente carismáticos y muy efectivos a la hora de enardecer el ánimo del campesinado<sup>36</sup>. A medida que el fascismo crecía en el ámbito nacional, los terratenientes emplearon el carisma de Mussolini para aumentar el apoyo del campesinado.

Cuando ya hubo más simpatizantes, los organizadores fascistas fueron reduciendo paulatinamente las recompensas y los incentivos al apoyo fascista, y las fueron sustituyendo por amenazas y sanciones a quienes no se unieran a las organizaciones fascistas. Conforme el fascismo se fortalecía en el campo, las recompensas fueron una parte cada vez más pequeña de su atractivo, mientras que las sanciones se volvían más importantes. Los campesinos fueron obligados a unirse a los sindicatos fascistas mediante la

intimidación y la desmoralización. Snowden ha descrito el fascismo italiano como «una lucha de clases desde arriba»<sup>37</sup>. Finalmente, el fascismo rural italiano se volvió extremadamente violento y mucho más letal que el movimiento de Dorgères en Francia. A medida que el fascismo se aproximaba al control de todo el Estado nacional, la lucha rural por el control del campesinado era cada vez más parecida a una guerra, en la que fascistas y socialistas empleaban la violencia los unos contra los otros. De los dos, los fascistas eran con diferencia los más violentos y, finalmente, consiguieron hacerse con el control en el campo eliminando a los socialistas y a quienes se les resistiesen<sup>38</sup>.

En última instancia, el objetivo global del fascismo rural italiano de crear y emplear su masa propia de partidarios fue un éxito. Cuando la situación rural se deterioró aún más a finales de los años veinte, la capacidad del fascismo de proporcionar recompensas materiales en forma de tierras, puestos de trabajo y otras recompensas fue decisivo en el esfuerzo por reclutar el apoyo de los campesinos y mantener su lealtad. Con el paso del tiempo se hizo cada vez más evidente que económicamente era más beneficioso unirse al fascismo, a la vez que resultaba poco rentable y francamente peligroso seguir siendo socialista. Los campesinos que se unieron a las filas fascistas lo hicieron porque su propio interés individual les llevaba a hacerlo, sustituyendo la solidaridad de clase sobre la que se había construido la lealtad y el apoyo socialista. Con todo, los sindicatos fascistas y las recompensas que ofrecían también eran vehículos de control. La retórica que empleaban abogaba por la jerarquía, la cooperación de clases, el respeto a las altas esferas y a las divisiones sociales de la sociedad<sup>39</sup>. A medida que el fascismo iba ganando ventaja en el campo, el lado controlador y represivo de los sindicatos se hacía más patente, mientras las recompensas materiales y la solidaridad emocional disminuían.

Aunque el apoyo rural continuó siendo un factor decisivo en el fascismo italiano, el movimiento fue más allá de su base en el apoyo rural para ganarse el apoyo urbano e industrial, porque sus líderes entendían que sólo las alianzas interclasistas en el ámbito urbano e industrial permitirían al movimiento llevar a cabo sus objetivos, incluido el de obligar al Estado a proteger los intereses de los adinerados<sup>40</sup>. El control del Estado, a cambio, permitió a los

líderes fascistas rurales consolidar y conservar el apoyo rural por medios coercitivos. Ganar el apoyo del campesinado dejó de ser el objetivo: la oposición había sido eliminada y los campesinos ya no tenían otra opción.

No obstante, el período de tiempo anterior al momento en que la intimidación y la violencia se convirtiesen en la razón de la sumisión al fascismo rural requiere una explicación, ya que en ese momento los campesinos del norte de Italia se inclinaron voluntariamente hacia el fascismo. Si en sus comienzos el fascismo italiano hubiera mostrado su cara violenta, tal apoyo del campesinado nunca habría surgido, y los habitantes de las zonas rurales habrían apoyado a la izquierda incluso con más firmeza. Pero el fascismo italiano fue más inteligente que todo eso y, en su lugar, mostró una cara amable, una retórica emocional convincente, un liderazgo carismático y recompensas materiales inmediatas. Esta combinación fue bastante eficaz, pues logró que el apoyo rural se inclinase naturalmente hacia la derecha en las etapas iniciales y, una vez que el fascismo llegó al Estado, el voluntarismo se volvió irrelevante.

Mientras que los factores de trasfondo y de primer plano explican a la par el apoyo rural al fascismo en el norte de Francia, no se puede decir lo mismo de Italia, donde los factores de trasfondo favorecían en gran parte a la izquierda, y una parte considerable del apoyo rural se inclinó en esta dirección inicialmente. Por lo tanto, el caso italiano, a diferencia del francés, muestra que factores de primera instancia, como la habilidad de los líderes y la eficacia organizativa, pueden anular el efecto de los factores de trasfondo y orientar las lealtades rurales hacia la derecha, incluso en contextos de tenencia de la tierra donde se da una explotación de clase.

Debido a que el fascismo de la Italia del norte tuvo que enfrentarse directamente a la izquierda, el caso analizado proporciona un ejemplo importante de hasta qué punto la derecha puede resultar atractiva para los sectores desfavorecidos de las zonas rurales. También muestra por qué la lucha puede ser tan competitiva y por qué la derecha puede tener más poder adquisitivo en términos políticos que la izquierda. La competencia directa por las lealtades rurales que nos muestra el caso italiano es de especial relevancia para entender los contextos electorales rurales en las actuales demo-

cracias en vías de desarrollo, y ofrece un aviso escalofriante sobre las perspectivas de supervivencia democrática en las etapas iniciales de la democracia, cuando el Estado es débil.

### C. *El Nazismo*

Fijémonos ahora en un caso en el que, como en Francia, los factores de trasfondo favorecían a la derecha, y el hábil liderazgo político también ayudó al atractivo de la derecha en las comunidades rurales, como en Italia. En Alemania tanto los factores de trasfondo como los de primer término favorecieron el fascismo.

Cuando Hitler inició sus esfuerzos para alcanzar el poder, la agricultura alemana se caracterizaba por un régimen de explotación y de tenencia de la tierra basado más en la propiedad que en el arrendamiento y la aparcería, como el que veíamos en Italia. La crisis económica que caracterizó la agricultura alemana tras la Segunda Guerra Mundial fue, por lo tanto, una crisis que amenazó la propiedad rural. También fue una crisis cuya responsabilidad pareció recaer más en el Estado y en sus medidas políticas y económicas que en una clase propietaria explotadora.

No se podía explicar la crisis de la agricultura alemana en términos de clases. Los agricultores alemanes necesitaban créditos y precios de mercado estables que les permitieran devolver los préstamos, todo ello en el marco del sistema económico y político de Weimar. Los agricultores estaban menos preocupados por los salarios bajos o el desempleo, a pesar de que estos eran una amenaza para el resto de Alemania. El declive de los ingresos y los créditos que emergió durante la Guerra se acentuó con la derrota de Alemania<sup>41</sup>. El tratado de paz, del que era responsable la nueva República, conllevó tales indemnizaciones que la economía no se pudo recuperar con rapidez en los años posteriores a la guerra. La Depresión trajo entonces un período si cabe más oscuro para los agricultores alemanes, que debieron hacer frente a una inflación galopante y a la amenaza de los embargos de los bancos, que exigían la devolución de sus préstamos. Estas circunstancias eran especialmente acuciantes en Schleswig-Holstein y Baviera.

Una democracia joven, como la de la Alemania de Weimar, no podía disponer de la misma

legitimidad que la que caracteriza a un Estado democrático más antiguo y arraigado. Los alemanes, en general, eran escépticos respecto a la democracia, y los agricultores alemanes, mucho más debido a que la secuencia de sus problemas económicos coincidió con la llegada de la democracia. Como la crisis empeoraba y la democracia de Weimar hacía poco por proteger a los agricultores, la población rural alemana, al igual que los terratenientes italianos, dudaba cada vez más de la capacidad o de la disposición de la democracia para afrontar sus quejas<sup>42</sup>. Este trasfondo social y económico predisponía a los agricultores alemanes a las simpatías derechistas, especialmente en el caso de los agricultores protestantes de las regiones conservadoras de Schleswig-Holstein y Baviera<sup>43</sup>.

Sobre este trasfondo hizo aparición un líder político carismático cuyo mensaje no era ideológico sino que estaba dirigido deliberadamente a las zonas rurales que habían exhibido simpatías derechistas con anterioridad. Hitler ya había intentado ganarse el apoyo popular de los trabajadores en las zonas urbanas, y había fracasado. Había aprendido de este fracaso y de su posterior detención que los trabajadores y el uso de tácticas ilegales no eran la mejor manera de conseguir el poder. En respuesta, intentó ganarse el apoyo rural empleando tácticas aparentemente legales. En su llamamiento a los agricultores, Hitler se mostraba moderado, observante de la ley, asumiendo las reivindicaciones rurales sin amenazar la estructura de las clases, y apelando a la caridad privada para reparar la economía<sup>44</sup>.

Los Nazis organizaron comedores de beneficencia y otras medidas para llevar ayuda inmediata a la gente del campo. Ofrecieron apoyo crediticio y pequeños préstamos para hacer frente a las amenazas de embargo por la crisis de los créditos. Al igual que sucedía con los fascistas italianos, el acceso a cada uno de estos privilegios estaba restringido a los partidarios del Nazismo. Hitler clamó por políticas que protegiesen a los agricultores de la espiral de los precios a la baja y de la presión ejercida por los bancos. Hitler habló del valor y la dignidad de los agricultores alemanes, ensalzándolos como los verdaderos precursores de la superioridad de la raza y los valores alemanes. Muchos agricultores eran muy nacionalistas, y las proclamas germanistas resonaron en todas las zonas rurales. Los emotivos llamamientos

Nazis alimentaban una visión esperanzada de un futuro a la que las desesperadas gentes del campo podían adherirse <sup>45</sup>; sin embargo, estaba repleta de chivos expiatorios: el Estado de Weimar, los otros partidos, la izquierda y los judíos.

Combinando carisma, personalidad y un llamamiento emocional con un conjunto de explicaciones y soluciones no ideológicas y no clasistas, el Nazismo añadió factores derechistas de primer término a un trasfondo que ya favorecía el activismo derechista. A estos factores de enfoque el Nazismo añadió una capacidad organizativa muy fuerte que magnificó y amplió sus esfuerzos, pero que también mantuvo la organización del partido profundamente subordinada al liderazgo de Hitler, sin ofrecer líderes alternativos o una estructura de liderazgo de grupo. El Nazismo produjo una organización fuerte pero sólo un líder.

Al igual que los fascistas italianos, pero a diferencia de Dorgeres, Hitler aspiraba al poder nacional, y era consciente de la necesidad de una base más amplia de apoyo para conseguirlo. Pero su plataforma rural fue siempre muy fuerte, y fue el apoyo rural inicial el que hizo posible la creciente fuerza electoral de la NSDAP <sup>46</sup>. Schleswig-Holstein dio a Hitler una mayoría electoral aplastante en 1933 <sup>47</sup>.

Lo mismo que el fascismo italiano, el apoyo político Nazi surgía de una combinación de recompensas y sanciones. En los primeros tiempos en los que buscaba el poder, el Nazismo hacía hincapié en los incentivos materiales y en el apoyo emocional. Cuando el Nazismo se hizo fuerte, su agresividad se hizo más evidente e intentó controlar los espacios públicos mediante la violencia. Y una vez en el poder, el régimen se volvió extremadamente violento y coercitivo, extendiendo algunos aspectos de la opresión a la Alemania rural <sup>48</sup>.

Tras hacerse con el poder nacional, las políticas de Hitler continuaron apoyando a los agricultores alemanes que, a su vez, le correspondían apoyando el régimen Nazi. La política agrícola Nazi ofrecía tanto ayuda material como exhibiciones públicas de apoyo emocional a las tradiciones rurales <sup>49</sup>. La ayuda material incluía créditos complementarios, apoyo a los precios y la ley ERB que prohibió los embargos. El régimen Nazi también asumió gran parte de la deuda rural que había acosado a los granjeros alemanes. Emocionalmente,

el régimen nazi empleaba rituales y recompensas simbólicas para glorificar el estilo de vida y las tradiciones rurales, recompensar a las familias de agricultores que vivían con arreglo a los valores que el Nazismo declaraba, y subrayar el indispensable papel que jugaban los agricultores en la nueva Alemania. De este modo, muchas de las medidas que el Nazismo había empleado para ganarse el apoyo rural continuaron en los inicios del Tercer Reich.

#### D. *El Peronismo*

Volvamos la vista ahora al caso de América Latina en un escenario postbélico, tras la Segunda Guerra Mundial: el del peronismo en Argentina. Aunque el peronismo carecía de las características extremas del fascismo italiano y alemán, compartía otras cualidades fundamentales, como el nacionalismo, el anti-institucionalismo, el anti-izquierdismo, el personalismo, el carisma, la creación de una alianza corporatista transclasista, la represión de la oposición y la violencia. Fue un populismo autoritario que cae en el campo magnético del fascismo <sup>50</sup>.

Muchas investigaciones acerca del peronismo se han concentrado en el apoyo industrial, urbano y de la clase trabajadora a Perón, dando la impresión de que era únicamente un movimiento de clase obrera. Pero antes y durante los primeros nueve años de Perón en el poder, y durante sus dos presidencias electas, recibió un amplio apoyo de muchas provincias rurales, y este apoyo rural aumentó entre 1946 y 1955. Pasemos a examinar el esfuerzo del Peronismo por lograr el apoyo rural.

La Argentina pre-peronista no era una sociedad campesina. De hecho, la población rural era bastante pequeña. A lo largo de la enorme extensión geográfica de Argentina, la población rural se ganaba la vida de muchas maneras: la agricultura en las provincias lejanas de Neuquén, Salta y Misiones; la ganadería bovina y ovina en las provincias de la Pampa y en Chubut; o las plantaciones de azúcar de Tucumán. Así que la población rural de Argentina vivía en un trasfondo social que podría haber favorecido tanto el activismo izquierdista como el derechista, dependiendo de la provincia en cuestión.

El trasfondo económico peronista también difiere ligeramente de los casos europeos exa-

minados hasta ahora. La Argentina rural no sufrió una grave crisis económica ni un deterioro de las rentas previo a la llegada de Perón; en cambio, la Argentina rural se caracterizaba por una pobreza endémica que afectaba especialmente a los pequeños agricultores, a la fuerza de trabajo en la ganadería, conocida como gauchos, y a los jornaleros.

Lo más importante para comprender el atractivo de Perón en el campo es el trasfondo político de la Argentina rural. La Argentina pre-peronista tenía un sistema político cerrado que excluía a amplios sectores de la ciudadanía, como la clase trabajadora y la mayoría de la población rural. Los trabajadores industriales en las principales ciudades habían sido el objetivo de la movilización del Partido Radical en la década de 1890 y las primeras décadas del siglo XX. Todavía existían algunos lazos organizativos entre la clase trabajadora a pesar de los años de dictadura militar. Sin embargo, los Radicales sólo hicieron un mínimo intento de movilizar el apoyo popular en las provincias argentinas. De hecho, las leyes anteriores a 1946 privaban del derecho de sufragio a una gran parte de la población de las provincias. gran parte de su geografía se clasificaba como «territorios», y no como provincias con reconocimiento legal dentro de la nación. O también pasaba que las provincias estaban legalmente reconocidas, pero negándoseles el derecho de voto.

El trasfondo económico de pobreza se ajusta a este contexto de exclusión y abandono político. La Argentina rural parecía tan pobre y atrasada como cualquier otro país de América Latina, mientras que la Buenos Aires de clase media semejava Nueva York o una capital europea. En este contexto, cualquier movimiento que movilizase a los sectores populares anteriormente excluidos de la política, ofreciéndoles beneficios a cambio de su apoyo, tenía una buena oportunidad de atraer una masa de partidarios. La dictadura militar anterior a 1946, de la que Perón formaba parte y que precedió inmediatamente a su régimen, encaja en esta pauta de exclusiones políticas. Existía porque los militares habían hecho renunciar a Yrigoyen, el presidente elegido democráticamente en 1932. Desde entonces no se había permitido ninguna elección libre. Fue el carácter excluyente de la dictadura el que le dio a Perón su oportunidad. Su sincera preocupación por la

crisis que excluía a los sectores populares lo diferenciaba de sus socios militares en el gobierno. Utilizó su puesto como Ministro de Trabajo durante la dictadura para promulgar reformas que beneficiaron a los sectores populares. Esto lo hizo lo bastante popular como para solicitar la celebración de elecciones y ganarlas en 1946, apoyado sobre todo por la población pobre de las ciudades.

En el poder, Perón se movió pronto para ganarse el apoyo rural. En las provincias en las que no había derecho al voto, garantizó el sufragio universal; extendió a los territorios que no tenían la condición de provincias el derecho al voto, y trabajó para incorporarlos al estatus legal de provincia. Su empeño movilizó a numerosas zonas rurales a las que nunca antes se les había permitido participar en la vida nacional. No es sorprendente que los nuevos ciudadanos rurales con derecho a voto se convirtiesen rápidamente en simpatizantes peronistas. En otro esfuerzo por atraerse el apoyo de lugares en los que no existía competencia, Perón también concedió el derecho a voto a las mujeres, muchas de las cuales le apoyaron en las elecciones de 1952<sup>51</sup>.

Vemos en este breve esbozo que el trasfondo político del Peronismo era un contexto en el que los sectores populares se sentían rechazados, excluidos y explotados, percepciones estas que son similares a las de los agricultores del norte de Francia y de Alemania, y a la de los aparceros de Italia. Aunque no existía una crisis económica inminente, la pobreza rural endémica era un aspecto predominante de la exclusión política. La población rural argentina era, por lo tanto, políticamente receptiva a los mensajes de cualquier líder eficaz que prestase atención a su crisis y la tratase con respeto.

Hay otro aspecto en el que la Argentina pre-peronista tiene un trasfondo similar al de la Italia o la Alemania pre-fascista: es la escasa experiencia y compromiso de Argentina con la democracia. Payne escribe que el fascismo es propenso a aflorar cuando la democracia aparece y fracasa, más que cuando nunca ha aparecido en absoluto. Una población movilizadora, pero no familiarizada ni comprometida con las instituciones democráticas, es más probable que se incline por un líder populista derechista que una población que nunca ha sido movilizadora. Este escenario describe la Argentina pre-

peronista. En 1946, en el momento de la elección de Perón, Argentina tan sólo había tenido tres elecciones presidenciales y dieciséis años de democracia con sufragio universal masculino (de 1916 a 1932). En este contexto, era poco probable que los votantes reconociesen y menos aún, que rechazasen, algunos aspectos no democráticos del Peronismo, especialmente cuando el movimiento ofrecía recompensas materiales tangibles y su líder era experto.

Por lo tanto, vemos que algunos aspectos del trasfondo del Peronismo se prestaban al populismo, tanto izquierdista como derechista, mientras que la falta general de experiencia democrática aumentaba la probabilidad de apoyo popular a una versión derechista del mismo. Pasemos ahora a los factores de primera instancia: el liderazgo político y el estilo organizativo del Peronismo. Veremos que las características del liderazgo peronista favorecían claramente al movimiento popular derechista.

Incluso antes de alcanzar el poder político, Perón demostró ser un líder político habilidoso. Parte de su perspicacia reside en haber reconocido que el amplio apoyo político potencial que existía estaba ahí para tomarlo —y sin competencia— en la clase trabajadora, la población pobre de las zonas rurales y las mujeres. Perón tuvo la suerte de que la izquierda todavía era más débil en Argentina de lo que lo había sido en la Alemania pre-fascista. Así, Perón no tuvo la necesidad de competir por el apoyo rural, como les ocurrió a los fascistas italianos. Todo lo que de verdad necesitó fue un empleo convincente y hábil de su carisma y personalismo, seguido del reparto de recompensas materiales. Usó ambos recursos para conseguir la victoria electoral con el apoyo de los pobres de las ciudades, y a continuación utilizó su poder político para llevar estos recursos a los pobres de las zonas rurales de 1946 en adelante. Así consolidó sus apoyos rurales después de ese año, y los utilizó a lo largo de sus nueve años en el gobierno para reforzar aun más su control del poder nacional y del Congreso.

El personalismo de Perón no era ideológico, ni tampoco estaba basado en una doctrina consistente y coherente. En lugar de esto, se presentaba a sí mismo como el salvador del pueblo y pedía a sus partidarios lealtad personal. Su mujer, Eva, contribuyó a esta imagen de salvador personal del país en sus reiterados discursos en los que juraba lealtad y obedien-

cia eterna a Perón, y pedía a sus partidarios que hiciesen lo mismo. Durante los años de Perón en el poder, no surgió ningún líder alternativo. De hecho, Perón se esforzó en impedir la aparición de éste enfrentando a los líderes secundarios entre sí, y debilitando a todos en el proceso menos a él<sup>52</sup>. Perón también se opuso a la creación de un partido político peronista e intentó mantener su organización como movimiento. En general, era hostil a los partidos políticos y los veía como una amenaza potencial a su propio control personal del peronismo.

Al igual que los fascistas en Italia y Alemania, el peronismo repartía beneficios materiales tangibles con su personal estilo organizativo. Como el fascismo italiano, a veces la consecución de reformas o recompensas reales hacía que sus partidarios confundiesen el peronismo con un movimiento de izquierdas, y el peronismo, al igual que el fascismo italiano, contaba con izquierdistas entre sus partidarios. Linz ha calificado al peronismo de izquierdista en sus objetivos pero derechista en su estilo organizativo, aunque esta perspectiva ignora la temprana y estrecha relación de Perón con la Iglesia, y su posterior apoyo al gran capital. Como el fascismo italiano y alemán, el peronismo repartía tanto recompensas materiales como solidaridad emocional en forma de una mayor auto-estima de sus partidarios. A las provincias que apoyaban su movimiento Perón les proporcionaba beneficios concretos como carreteras, escuelas, electricidad, agua potable y otros proyectos de obras públicas. Además, la Fundación Eva Perón creó un sistema de patronazgo nacional en el que los partidarios de las provincias lejanas podían escribir a Eva pidiendo ayuda material individual, como una máquina de coser o medicinas para un niño enfermo. En las condiciones de pobreza de la Argentina rural, estas acciones de ayuda y desarrollo representaban la primera vez que muchos ciudadanos habían recibido algo del gobierno de la nación. Además, la retórica de Perón destacaba el valor humano y la dignidad de la clase baja y de la clase trabajadora. A diferencia de anteriores presidentes, Perón visitó muchas provincias personalmente, pronunciando discursos de aliento y reconocimiento, y arrojando a las multitudes puñados de monedas o pequeños juguetes. Después de una genera-

ción más tarde, la Argentina rural todavía recuerda estas visitas con reverencia y cariño.

El vacío político y la debilidad de la izquierda argentina hicieron que los esfuerzos peronistas por movilizar y ganar el apoyo político rural fuesen una tarea más fácil que la planteada a cualquiera de los tres movimientos fascistas considerados más arriba. Mientras que los movimientos fascistas y los líderes de los casos europeos tenían que competir por el apoyo popular, el peronismo apareció en un contexto de vacío político, con un apoyo virgen que ningún otro partido había intentado ganar. Esta situación de escasa competencia política en el campo permitió al Peronismo inicial confiar mucho más que el fascismo italiano o el nazismo en los beneficios y en el lado positivo de la movilización popular, y emplear menos la coacción. El Peronismo no necesitó empezar ofreciendo beneficios, para después disminuirlos gradualmente y sustituir las recompensas por la intimidación y la violencia. Los peronistas no solían apalear a los habitantes de las zonas rurales que dudaban o mostraban reticencias al apoyo a Perón. En su lugar, las tácticas de intimidación de Perón se dirigían básicamente a la clase media y alta. Ellos fueron los chivos expiatorios de Perón, y los denigraba en su retórica, culpándolos de la crisis de las clases bajas. La retórica de Perón también era hostil hacia la comunidad universitaria, y despreciaba a profesores, estudiantes, científicos e intelectuales, así como a las grandes empresas, los hacendados y los ricos. Las tácticas de intimidación de Perón, como las de Dorgeres, eran más retóricas y menos propensas a la violencia real que el fascismo italiano o alemán.

Al igual que el fascismo italiano, cuando el Peronismo consiguió el poder se volvió más represivo e intolerante con la oposición de lo que había sido en las primeras etapas de movilización. Una vez tuvo el control de los aparatos provinciales, el Peronismo reprimió y marginó a los partidos de la oposición y a las voces disidentes. Las provincias controladas por el peronismo no eran democráticas, y simplemente servían de apoyo al control peronista del poder nacional. El peronismo empleaba el control provincial para asegurar que únicamente los legisladores peronistas fuesen elegidos al Congreso. La elección directa a la cámara baja, la Cámara de los diputados, y la

elección indirecta al Senado mediante las asambleas legislativas provinciales, aseguraba que habría legisladores peronistas de todas las provincias controladas por los peronistas. Esto se tradujo en un Congreso peronista y en un sistema nacional sin equilibrio político ni control del Presidente por parte del Congreso. Aunque Perón no fue el primer líder argentino en emplear el sistema presidencialista de modo monolítico<sup>53</sup>, su funcionamiento semejaba mucho al de un sistema fascista de control de los partidos como el de la Italia de Mussolini.

Una vez en el poder, el Peronismo oprimió a la oposición y a los disidentes empleando la retórica y tácticas de intimidación y violencia de forma esporádica. La violencia se dirigía frecuentemente contra los periodistas, especialmente contra aquellos que criticaban el peronismo. Dentro del Congreso, los legisladores de la oposición eran interrumpidos, insultados y abucheados cuando intentaban expresar puntos de vista disidentes o proponer un proyecto de ley. El peronismo intervino en las universidades revocando las plazas de los catedráticos disidentes, forzando la jubilación de aquellos que fuesen mayores de cincuenta y cinco años, recortando las ayudas económicas y, finalmente, expulsando a aquellos estudiantes que cuestionaban el régimen. En el nivel escolar elemental, el Peronismo impulsó la enseñanza de la religión católica a todos los estudiantes, yendo en contra de la Constitución.

Como los fascismos francés, italiano y alemán, el peronismo ofrecía tanto recompensas materiales como solidaridad emocional a los pobres de las zonas rurales. Al igual que los fascismos europeos, el peronismo también era carismático y personalista, y ofrecía soluciones no institucionales en escenarios en los que la legitimidad democrática ya era baja. Como resultado, cuando Perón se presentó a la reelección en 1952, la mayoría de la población rural lo apoyó, y el peronismo conservó un sólido dominio en la mayoría de las provincias. El apoyo rural peronista sobreviviría tanto a las dos primeras presidencias peronistas como al propio Perón. Todavía sigue siendo una parte importante de la actual configuración política de Argentina, y sólo está empezando a cambiar con el desarrollo de la democracia moderna. Hoy día muchas zonas rurales de Argentina son peronistas, electoralmente hablando.

## II. El izquierdismo entre el campesinado

Pasemos ahora a un campo de extensa bibliografía que trata del izquierdismo campesino y rural. Muchos de estos trabajos han estudiado la revolución campesina, por ejemplo, en México, Rusia, China, Vietnam, Cuba y Nicaragua <sup>54</sup>. Esta bibliografía arranca cuando se pone en cuestión la valoración negativa de Marx sobre el potencial revolucionario de los campesinos, mostrando ejemplos en los que los campesinos en efecto podían ser revolucionarios. Pero el énfasis predominante de esta bibliografía sobre el izquierdismo campesino llevó sin darse cuenta a la conclusión de que los habitantes de las zonas rurales eran naturalmente revolucionarios, supuesto que es claramente falso en los casos argentino y europeos. Esta toma de conciencia nos lleva al rompecabezas que presentábamos al principio de este ensayo: ¿los campesinos son por naturaleza, fascistas, revolucionarios, o ninguna de las dos cosas?

Los casos argentino y europeos indican que la dirección izquierdista o derechista de las reivindicaciones rurales depende de la combinación de factores de trasfondo y de primer término que llevan a un activismo rural. En esta segunda parte del trabajo estudio las características del trasfondo y del primer plano en los muchos ejemplos de izquierdismo rural. Lo hago de un modo general, en lugar de emplear estudios de caso, porque ya se ha escrito mucho sobre el izquierdismo rural. Veamos qué pautas encontramos en estos casos de izquierdismo rural.

Si echamos un vistazo a los casos en los que la población rural ha participado en movimientos de activismo izquierdista y en procesos revolucionarios, observamos una amplia evidencia empírica de un trasfondo de pobreza severa, explotación y profunda crisis rural. Han sido descrita vívidamente por Shanin y Figes en Rusia, Mao en China, Scott en Vietnam o por mí misma en Nicaragua, por mencionar sólo algunos ejemplos. Como han mostrado los casos argentino y europeos, la pobreza y la crisis rurales pueden llevar al activismo e incluso a la explosión populares, pero por sí solos no garantizan que dicha explosión tenga un carácter izquierdista. Se hace necesario un examen adicional del trasfondo de estos casos de revolución rural, antes de que poda-

mos comprender por qué estos casos fueron izquierdistas, mientras que los casos argentino y europeos no lo fueron.

El trasfondo social proporciona una pista importante al respecto. En cada uno de los casos revolucionarios estudiados en la bibliografía sobre los campesinos, la configuración rural predominante es la del arrendamiento o la de la fuerza de trabajo asalariado sin tierras o apenas con ellas. En algunas situaciones, estos pueblos rurales eran jornaleros sin tierras, un contexto social que Paige predijo sería revolucionario <sup>55</sup>. En otros contextos, los pueblos rurales poseían pequeñas parcelas y, sin embargo, dependían de los terratenientes para una gran parte de su renta anual <sup>56</sup>. Así, la característica más destacada de la agricultura en Rusia, China, Vietnam y Nicaragua es el trasfondo social y económico del arrendamiento, y no la situación de los agricultores que intentan conservar su tierra, como sucedía en los casos de Alemania y el norte de Francia investigados más arriba. Por supuesto, los problemas de la aparcería se pueden explicar con mucha más facilidad mediante una retórica de explotación de clase, haciendo responsables de la pobreza a los terratenientes, y no al propio Estado. Aquí tenemos un indicador inicial de trasfondo que explica por qué la airada población rural en Rusia, China, Vietnam y Nicaragua fue izquierdista, mientras que no ocurrió lo mismo con los agricultores alemanes y los partidarios de Dorgeres <sup>57</sup>.

Vemos entonces en los casos de revolución campesina que el factor de trasfondo de la aparcería apuntaba a un activismo de signo izquierdista, favoreciendo la aparición de explicaciones de la crisis en términos de clases sociales. Sin embargo, el caso italiano ha mostrado que el arrendamiento no garantiza el izquierdismo rural cuando el liderazgo derechista es efectivo, convincente y coercitivo, mientras que el liderazgo izquierdista no lo es. Por lo tanto, necesitamos volver al enfoque de las características del liderazgo y del estilo organizativo para comprender en toda su extensión el fenómeno del activismo izquierdista en los casos revolucionarios.

La naturaleza del liderazgo en los casos revolucionarios ofrece un agudo contraste con el estilo de liderazgo de Dorgeres, Hitler y Perón. En todos los casos revolucionarios, el atractivo del liderazgo fue ideológico. En

todos los casos, salvo en el mejicano, este llamamiento ideológico era marxista o estaba influenciado por el marxismo; en Méjico estaba formulado en términos de clase y era lo suficientemente similar al marxismo como para que sus oponentes también acusasen de marxistas a los revolucionarios mejicanos. La retórica del activismo revolucionario se basaba en una explicación consistente, coherente y de clase de la crisis, y abogaba por una solución basada en las clases: la redistribución de los recursos mediante el derrocamiento del Estado clasista y explotador. El discurso del etnocentrismo, la superioridad racial, la exclusión, la culpa, el chivo expiatorio y las teorías de la conspiración están mucho menos presentes en la retórica de los líderes revolucionarios.

El énfasis sobre la ideología en los casos izquierdistas encaja con el menor uso del personalismo y el carisma. Aunque, ciertamente, muchos líderes revolucionarios izquierdistas eran carismáticos, su atractivo personal se formulaba en términos ideológicos, y no ofreciéndolo como una razón en sí misma para seguir al movimiento. Mao, Lenin, Castro y Ho Chi Minh exhortaban a sus partidarios a que los apoyasen por ser buenos marxistas, o buenos revolucionarios, y no por sus cualidades personales como «padre», «líder» o «salvador», tácticas seguidas por Hitler, Mussolini y Perón.

Esta exhortación a seguir a los líderes izquierdistas por ser buenos revolucionarios dejó la puerta abierta a otros buenos líderes. Muchos de estos casos de revolución izquierdista tenían más de un líder importante: Lenin tenía a Trotsky y Stalin; Zapata y Villa eran líderes igual de importantes de la Revolución Mejicana; Castro tenía a Che Guevara; y la revolución nicaragüense tenía muchos líderes, aunque perdiese a su padre fundador, Carlos Fonseca, antes de que triunfase la revolución. De hecho, la revolución nicaragüense es uno de los casos menos personalistas, al llamarse a sí misma sandinista por Augusto Sandino, quien murió en 1933.

Finalmente, todos estos casos de revolución rural izquierdista fueron impulsados por una organización partidista fuerte, así como por un liderazgo ideológico. Todos los líderes revolucionarios hicieron esfuerzos deliberados por impulsar una organización de partido eficaz. «El partido» era siempre la clave del activismo izquierdista. Esto contrasta con los casos de acti-

vismo derechista, en los que el líder socavaba intencionadamente la organización de partido, o mantenía al partido subordinado a él y a su liderazgo personal.

Vemos, pues, que los factores de primera instancia del liderazgo y del estilo organizativo llevan mucha distancia en la explicación del surgimiento del activismo rural izquierdista en los casos ruso, mejicano, chino, vietnamita y nicaragüense. Estos factores situados en primer término, en combinación con un trasfondo rural de aparcería, nos ayudan a comprender por qué los casos de la Europa Occidental y Argentina fueron derechistas, mientras que los casos de Rusia, Asia y otros países latinoamericanos fueron revoluciones izquierdistas.

### III. Una comparación de perspectivas. Políticas de izquierda y de derecha entre los campesinos pobres

Como han puesto de relieve las secciones anteriores, el activismo político rural puede manifestarse tanto en una dirección derechista como en una izquierdista. Los ciudadanos rurales no están predispuestos naturalmente en ningún sentido. El tipo de tenencia de la tierra es un factor determinante crítico, y aquellos que siguen siendo pequeños propietarios son más propensos a ser conservadores en sus ideas políticas debido a su deseo de mantener aquello que tienen. Por el contrario, los pobres de las zonas rurales que están inmersos parcial o completamente en situaciones de arriendo, aparcería u otras formas de interacción con los terratenientes son más propensos a ver sus problemas en términos de clase y a querer soluciones que, de alguna manera, supongan la distribución de los recursos, una demanda potencialmente radical y, ciertamente, una llamada al cambio. En ambos casos, por supuesto, una grave crisis económica es el catalizador inmediato de la acción, y ésta puede llegar por combinación de varias fuentes.

Con todo, la población rural emprende formas y direcciones de acción política en respuesta al liderazgo, y los casos que acabamos de ver ilustran que los líderes, tanto de la derecha como de la izquierda, han sido eficaces atrayendo la atención, articulando las reivindicaciones y empleando el apoyo rural para unos propósitos políticos concretos. Los

líderes que enfatizan el personalismo, el carisma y la lealtad hacia ellos son, a menudo, líderes que rechazan un aparato de partido fuerte, un liderazgo alternativo y explicaciones o soluciones coherentes. Es muy probable que estos líderes expliquen la crisis rural en términos de teorías de conspiración y victimización, que incluirán a menudo un matiz de prejuicio racial o étnico<sup>58</sup>. Por el contrario, los líderes que aúnan a sus partidarios abogando por una ideología coherente, quieren y necesitan un aparato de partido fuerte y, para construirlo, también fomentan la emergencia de líderes alternativos. Es probable que las explicaciones ideológicas de la crisis se planteen en términos de clase y de soluciones visionarias que apuntan a una nueva sociedad, más que en la atribución de la responsabilidad por la crisis rural a unos grupos de clase, de raza o etnia concretos.

A primera vista resulta irónico que el trasfondo del arriendo, dentro del cual los terratenientes jugaron un importante papel en la crisis de las familias de arrendatarios, sean el contexto que tenga menos probabilidades de gravitar hacia las teorías de la culpa y la conspiración para comprender esa crisis; mientras que en trasfondos de pequeños propietarios, en los que los terratenientes no son responsables, haya una mayor probabilidad de que surjan teorías conspiratorias y políticas derechistas. Sin embargo, si se examina detenidamente, quizás esto no sea tan sorprendente. La propiedad de la tierra en sí misma puede ser la causante de la tendencia conservadora, tanto si se trata de grandes como de pequeñas propiedades. En este sentido, el conservadurismo y el fascismo de los terratenientes italianos y de los pequeños propietarios alemanes son coherentes y nada sorprendentes.

Los casos anteriores también ilustran la importancia de la solidaridad emocional para el liderazgo eficaz y la movilización rural. Tanto si la comunidad está formada por arrendatarios como por pequeños propietarios, la crisis rural da lugar a una desesperación extrema. Ambos grupos pueden sentir que están recibiendo un trato inhumano, y que su dignidad personal y su supervivencia económica está en juego. La habilidad de los líderes para articular la solidaridad emocional con los pobres del campo es un elemento esencial en su capacidad para movilizar el activismo rural.

Con todo, los casos han mostrado que la derecha es tan capaz de transmitir solidaridad emocional como la izquierda.

Mientras que la solidaridad emocional es común al activismo rural izquierdista y derechista, la atribución causal y la solución propuestas difieren. La izquierda articula las reivindicaciones de los campesinos en términos de clase y enfatiza una forma de solidaridad emocional positiva, basada en una visión. La retórica izquierdista alienta a la población rural a atribuirse ella misma el poder de la acción, y a sentirse eficaz. Cuando la izquierda busca las causas de la pobreza rural, lo hace en términos impersonales, sin xenofobia, chivos expiatorios o victimización. Por el contrario, la retórica derechista describe las causas en términos de culpa, y empuja a los campesinos a verse como víctimas. La xenofobia permite a los fascistas trazar un círculo a su alrededor, y promueve la lealtad dentro de ese círculo, a la vez que excluye a todos aquellos que están fuera. La retórica derechista se diferencia de la izquierdista porque exagera el miedo, crea paranoia y elabora explicaciones basadas en la victimización, las teorías de conspiración y los chivos expiatorios. Cuando la retórica derechista anima a la acción, lo hace alentando a la población rural a que castigue a aquellos que los han victimizado. Y quien tiene problemas se siente mejor cuando hay alguien a quien puede culpar de su miseria. La xenofobia puede ser racial o étnica, pero también puede ser clasista, como en el peronismo. Este llamamiento emocional es bastante diferente del razonamiento meditado. Aunque desde una perspectiva intelectual el fascismo y el populismo derechistas son confusos y contradictorios, para quienes sufren una crisis la consistencia ideológica no es un bien de primera necesidad<sup>59</sup>. Esto ayuda a explicar la afinidad de los intelectuales y las personas con estudios a las políticas izquierdistas, así como la antipatía las personas con estudios por el fascismo.

No obstante, también los mismos líderes existen dentro de un contexto nacional e internacional, que es propicio para políticas rurales izquierdistas o derechistas. Volvamos a la perspectiva de las bases populares para considerar estas dimensiones. La fuerza de la democracia y la participación política de las masas son factores que determinan que las políticas rurales

sean derechistas o izquierdistas. En todos los casos de fascismo rural, o de apoyo rural al autoritarismo, la participación política de las masas ya había comenzado, pero la democracia era nueva. Carecía de una confianza pública amplia, especialmente entre los habitantes rurales que se enfrentaban a la crisis. El fascismo y el autoritarismo populista tienen lugar en contextos de participación política de las masas. Mientras un autoritarismo elitista y excluyente siga imposibilitando la participación de las masas, es poco probable que se desarrolle el fascismo <sup>60</sup>. Por el contrario, la política rural izquierdista se ha desarrollado principalmente en lugares y épocas en los que la democracia nunca había hecho ni tan siquiera una tentativa de aparición. Las revoluciones en las que los campesinos han jugado un papel clave han estallado contra regímenes autoritarios crueles que no han dado ninguna oportunidad a la participación de las masas. La Rusia zarista, la China pre-revolucionaria, el Vietnam colonial, la Cuba de Batista y la Nicaragua de Somoza encajan en esta pauta. Paradójicamente, la introducción de la política de masas, cuando va seguida de crisis y sentimientos de ineficacia política, hace más probable el apoyo rural al fascismo y a su campo magnético.

Los líderes también existen en un contexto internacional que tiene sus propias tendencias y secuencias. Los casos del fascismo y el autoritarismo de derecha estudiados aquí tuvieron lugar a principios y mediados del siglo XX, mientras que los casos de izquierdismo rural surgieron a mediados y finales del siglo XX. El fascismo tuvo su apogeo entre 1920 y 1955. Durante este período experimentó una rápida movilización y popularidad en los países, y una difusión internacional más allá de las fronteras. Incluso después de su derrota en Europa, todavía resultaba atractivo en Argentina, donde la influencia italiana y alemana era fuerte. La historia del fascismo en Europa sigue esta pauta.

Al contrario que los movimientos rurales derechistas, el izquierdismo campesino se asocia en su mayor parte con la segunda mitad del siglo XX y con movimientos en países en vías de desarrollo, el llamado Tercer Mundo. También aquí funciona la difusión de ideas más allá de las fronteras internacionales. Si la Revolución Rusa introdujo la agenda bolchevique en Europa, el marxismo en sí mismo, al

estar centrado en sociedades industriales avanzadas con una clase trabajadora, parecía tener poca relevancia para las sociedades agrarias de África, Asia y América Latina. Esto cambió radicalmente con la Revolución China de 1949, que ilustró como el marxismo sí era relevante para una sociedad agraria, y que los campesinos podían ser revolucionarios. La Revolución Cubana en 1959 introdujo enérgicamente en América Latina la noción de revolución en la sociedad agraria, y después le siguió un cierto apogeo del socialismo, especialmente en los países en vías de desarrollo. Este período presenció la participación rural en los movimientos socialistas de Vietnam, Angola, Argelia, Nicaragua y El Salvador, por nombrar unos cuantos. La secuencia y la localización de los movimientos izquierdistas que consiguieron el apoyo rural serían una ilustración de cómo el socialismo tuvo también su apogeo, y de que éste en su mayor parte siguió al del fascismo, aunque con algún solapamiento.

## Implicaciones políticas actuales

Igual que el fascismo fue desacreditado y vencido tras la Segunda Guerra Mundial, también el socialismo ha sido cuestionado con la caída del bloque soviético en 1989. Con todo, la diferencia en el contexto internacional que observamos entre el fascismo y la revolución da más —y no menos— que pensar sobre las simpatías políticas rurales. Si en estos momentos ni las ideas derechistas ni las izquierdistas gozan de popularidad internacional, las poblaciones rurales de las nuevas democracias son más libres ahora que en el pasado para elegir el sentido que dan a sus lealtades políticas y apoyar al líder que antes se preocupe por sus problemas y reivindicaciones.

Los casos y las pautas de activismo rural que hemos estudiado aquí tienen importantes implicaciones para la política rural de las actuales democracias en desarrollo. El hecho de que el fascismo y el populismo derechista sean más probables *después* de que la democracia se haya puesto en marcha y, posteriormente, estancado, es un motivo para estar atento a los factores que

hacen que el activismo rural sea derechista o izquierdista. En primer lugar, no nos debería sorprender que los votantes rurales se identifiquen con la derecha, y que los candidatos de la derecha se ganen la confianza de los pobres de las zonas rurales. Como nos enseñan los casos de Alemania, Italia, Francia y Argentina, la derecha puede ser muy hábil en el juego electoral y muy sensible a las reivindicaciones rurales. En una campaña electoral, el candidato más eficaz y convincente se ganará al campesinado cuya lealtad no se decante automáticamente en ninguna dirección. Y si la derecha juega con los recursos materiales —tanto el reparto de bienes o servicios, como, en un contexto electoral, la presentación de una campaña ostentosa— los campesinos votarán a la derecha. En segundo lugar, los líderes izquierdistas de las nuevas democracias necesitan ser conscientes de la influencia conservadora de la propiedad de la tierra. A menudo, en los países en desarrollo la izquierda ha abogado por la promulgación de la ley de reforma de la tierra y, a veces, con éxito. Sin embargo, a corto plazo, este tipo de política puede volverse más tarde contra los intereses electorales de la izquierda. Aunque ésta es una razón poco consistente para oponerse a la reforma de la tierra, sin duda tiene un efecto secundario para el cual la izquierda necesita estar preparada electoralmente.

Si los campesinos pueden apoyar tanto a la derecha como a la izquierda, los estudios del desarrollo democrático deben estar especialmente atentos a las dinámicas electorales rurales. Si una derecha electoralmente hábil pudo guiar el apoyo rural hacia el poder nacional en las jóvenes democracias de antaño, puede hacerlo de nuevo en las actuales democracias en desarrollo. Las mismas consecuencias del apoyo rural al campo magnético del fascismo se pueden desarrollar hoy en América Latina, igual que se desarrollaron en Europa y Argentina en el pasado. Hemos demostrado que las pautas son manifiestamente similares.

Además, como la historia ha demostrado, tanto el fascismo como la revolución han perdido crédito. Así pues, en las nuevas democracias los apoyos no van en ninguna dirección, dejando la contienda electoral más abierta y más incierta de lo que lo sería si los vientos globalizadores soplaran en una u otra dirección, como hicieron en algunos momentos del siglo XX. Las campañas electorales y

las elecciones en las democracias en desarrollo son extremadamente importantes. Los investigadores deben centrarse tanto en cómo se presentan los candidatos —su estilo, retórica y aspecto— como en la opinión pública. Las campañas electorales importan. Los estilos de liderazgo son clave. Los partidos son esenciales.

Estas conclusiones también tienen implicaciones para la relación entre la investigación y el desarrollo democrático. Presumir que los campesinos son izquierdistas, sin reconocer que también pueden ser derechistas, es tener una visión romántica del activismo campesino. Cuando los campesinos actúan haciendo valer la justicia social contra terratenientes injustos, grandes empresas agrícolas o Estados dictatoriales, sus acciones parecen heroicas; pero cuando se comportan de modo xenófobo no son héroes, incluso aunque con sus acciones reclamen su propia versión de la justicia social. La visión romántica del activismo campesino puede pervertir los objetivos de los campesinos, y deslegitimar al Estado democrático tanto como al no-democrático. La población rural se enfrenta al Estado en todos los casos, pero cuando se enfrenta al Estado democrático también puede ser antidemocrática. La visión romántica del activismo campesino no es consciente de que puede contribuir tanto al desarrollo democrático como al fracaso democrático. Los investigadores del activismo rural deben distinguir entre estos dos propósitos opuestos: el activismo que abre un espacio político para un mayor activismo es constructivo, y el activismo que cierra espacios para la discusión, no lo es.

Si reconocemos que el activismo social rural puede ser izquierdista o derechista, también comprenderemos que el comportamiento electoral rural también puede serlo. Podemos prestar más atención a las repercusiones nacionales del voto rural si abandonamos la visión romántica de la política campesina. Igual que los nuevos Estados europeos democráticos no estaban a salvo del fracaso democrático vía activismo y apoyo popular, también las nuevas democracias de América Latina pueden ser igualmente vulnerables. Recordemos que es más probable que los movimientos fascistas y los autoritarismos derechistas se produzcan tras la aparición de la política de masas que durante la prevalencia de los autoritarismos que excluyen a las masas. La circunstancia

anterior describe la situación actual de la mayoría de los países de América Latina y de los países en vías de desarrollo.

Si somos conscientes de que las democracias en desarrollo pueden tomar un giro derechista, y de que los electorados pueden elegir a un líder no democrático, es más probable que la comunidad internacional, asesorada por una comunidad científica realista, preste más atención a la necesidad de asegurar que cualquier elección en una nueva democracia no sea la última. El gran peligro consiste en no permitir que el electorado corrija un error electoral. La comunidad internacional puede jugar un papel destacado, como en el caso de Perú y Argentina. Mientras que las dinámicas que rodean a una nueva democracia en la América Latina actual –incluyendo la posibilidad de la elección de un líder derechista no democrático– son similares a las de Europa y Argentina a principios y mediados del siglo XX, el contexto internacional ha cambiado. Hoy día la democracia goza de un nivel de legitimidad y apoyo internacional que no tenía a principios del siglo XX. La presión internacional para que haya cooperación en lugar de competición ha alcanzado un nivel que nunca se había conocido anteriormente. Si bien, todavía hoy, las dinámicas electorales populares pueden producir un resultado autoritario, las dinámicas políticas internacionales pueden ayudar a minimizar los costes de tal elección a largo plazo, y el estudio realista de los pobres de las zonas rurales puede cooperar de manera importante al logro de este objetivo.

## NOTAS

<sup>1</sup> Estoy en deuda con las siguientes personas por sus comentarios a una versión previa de este trabajo: Michael Agner, Emilia Gioreva, Larry Dodd, Robert Paxton, Stanley Payne y Carlos Escude.

<sup>2</sup> Desde 1990 en las elecciones nicaraguenses se observa un progresivo aumento de los niveles de apoyo rural a los partidos de centro-derecha. Las elecciones municipales del 2000 pusieron de manifiesto una pauta nacional en el que la mayoría de los municipios urbanos apoyaron a los sandinistas, mientras que las zonas rurales, no. En las elecciones argentinas en 1995, 1997 y 1999 los niveles de apoyo a los candidatos conservadores peronistas en las provincias rurales fueron mayores que en las zonas urbanas. En Perú, parte del mayor apoyo a Fujimori provenía de las zonas rurales.

<sup>3</sup> Ver Linz y Payne (1980), p. 167.

<sup>4</sup> Ver Paxton (1998), pp. 1-23.

<sup>5</sup> Ver Payne (1995), pp. 250, 252, 312, 321, 326, 395, 492. Sin embargo, Payne señala que las democracias estables y consolidadas también producen su propia autoprotección contra el fascismo, ya que en ellas los movimientos fascistas son siempre muy pequeños (comunicación personal al autor).

<sup>6</sup> Ver Huntington (1991).

<sup>7</sup> Ver Scott (1976), Wolf (1969) y Anderson (1994).

<sup>8</sup> Hay tres puntos en los que el fascismo español se diferencia de los otros casos de derechismo que examinamos aquí. 1) El fascismo español alcanzó el poder en buena medida como resultado de un movimiento militar y de las fuerzas armadas, y no de un movimiento político, incluido un amplio apoyo rural. 2) El fascismo español nunca empleó un liderazgo carismático personalista que movilizase e hipnotizase al pueblo en la misma medida que en los casos examinados aquí. 3) El fascismo español nunca recurrió a la organización de masas, ni recibió un fuerte apoyo electoral en su ascenso hacia el poder nacional. A pesar de estas diferencias, muchas de las conclusiones a las que se se llega en este artículo acerca del apoyo rural a los activismos derechistas y autoritarios son de aplicación a las zonas rurales de España, en donde existió un apoyo popular al fascismo.

<sup>9</sup> Ver Burrin (1983).

<sup>10</sup> Estoy en deuda con Larry Dodd por su idea de clasificar los factores contextuales en características de trasfondo y de primer plano.

<sup>11</sup> Ver Anderson (1994), cap. 3.

<sup>12</sup> Ver Madsen/Snow (1991), p. 6.

<sup>13</sup> Acerca del izquierdismo campesino en Francia, véase Judt (1979), Frader (1991) y Boswell (1998).

<sup>14</sup> Ver Soucy (1986) y (1995), Irvine (1991) y Passmore (1995).

<sup>15</sup> Ver Paxton.

<sup>16</sup> Pierre Halle «La Politique de ble: le point de vue des producteurs», estudio del Conseil National Economique (10 de junio de 1931), p. 2.

<sup>17</sup> Ver Paxton (1997), p. 13.

<sup>18</sup> Ver Platt/ di Tella (1985) y Solberg (1987).

<sup>19</sup> «Revision des baux ruraux. Loi du 2 juillet 1935». Archives of the Ministère Nationale (17 de octubre de 1933).

<sup>20</sup> Carta de Martin, portavoz de la región de Tours, a Andre Tardieu, 10 de agosto de 1930. Documentos de Andre Tardieu (AN: 324AP 64).

<sup>21</sup> Ver Paxton (1997), pp. 20-27 y 58. Carta de Joseph Caillaux a Henri Queuille, 19 de mayo de 1934. Documentos de Henri Queuille (B12 «Correspondencia»). Museo Henri Queuille, Neuvic d'ussell (Correze).

<sup>22</sup> Journal official, Debats, Chambre des Deputes. (1 de enero de 1936), p. 2.398.

<sup>23</sup> Ver Paxton (1997), p. 4, pp. 30-32.

<sup>24</sup> Ver Paxton (1997), pp. 86-87, 102-110, 122 –123, 157.

<sup>25</sup> Ver Soucy (1995), especialmente la conclusión.

<sup>26</sup> Ver Paxton (1997), pp. 159-62.

<sup>27</sup> Ver Snowden (1989) y Cardoz (1982), cap. 1.

<sup>28</sup> Ver Scott (1976).

<sup>29</sup> Ver Corner (1975), p. 2, y Snowden (1989), pp. 18-21.

- <sup>30</sup> Ver Cardoza (1982), cap. 1 y especialmente p. 42.
- <sup>31</sup> Ver Corner (1975), pp. 30, 33-4, 37-8, 47 y 67.
- <sup>32</sup> Ver Snowden (1989), pp. 26, 33-9; Corner (1975), pp. 10-11 y 99; y Cardoza (1982).
- <sup>33</sup> Ver Corner (1975), pp. 74-6, 80, 95-9; y Cardoza (1982), p. 273.
- <sup>34</sup> Ver Snowden (1989), pp. 42-53; y Cardoza (1982), p. 286.
- <sup>35</sup> Corner sostiene que la izquierda no conectaba suficientemente con el campesinado; Snowden, por el contrario, que la izquierda, simplemente, fue demasiado lejos. En cualquier caso, los fascistas encontraron o abrieron un espacio político en la Italia rural del norte, y lo utilizaron para ganar el apoyo del campesinado. Véase Corner (1975), pp. 13, 147-51, 167; y Snowden (1989), pp. 48-9.
- <sup>36</sup> Ver Snowden (1989), p. 113; y Corner (1975).
- <sup>37</sup> Ver Corner (1975), pp. 144-6; y Snowden (1989), p. 161.
- <sup>38</sup> Después de hacerse con el control del Estado italiano, Mussolini se esforzó en ocultar la violencia rural de sus partidarios. Ver Corner (1975), p. 280; y Cardoza (1982), 390.
- <sup>39</sup> Ver Cardoza (1982), p. 315; Corner (1975), p. 147; y Snowden, pp. 63-8, 97, 102-3, 176.
- <sup>40</sup> Ver Snowden (1989), pp. 151-2, 170, 176, 209; y Adler (1995), p. 259.
- <sup>41</sup> Ver Rinderle/ Norling (1993).
- <sup>42</sup> Ver Mommsen (1989); y Berman (1997), pp. 41-29, 424-5.
- <sup>43</sup> Ver Farquharson (1976), cap. 3; Allen (1973); y Rinderle/ Norling (1993). Para la discusión del atractivo de las políticas derechistas en la sociedad civil véase Berman (1997), pp. 401-420. Para la discusión de las ideas detrás de la movilización derechista véase Hamann (1999).
- <sup>44</sup> Ver Soucy (1995), p.14.
- <sup>45</sup> Ver Fritzsche (1998), Introducción, pp. 34, 40.
- <sup>46</sup> Ver Mommsen (1986); Farquharson (1976), cap. 1; Childers (1983); y Fritzsche (1998).
- <sup>47</sup> Ver Mommsen (1989), cap. 4, especialmente p. 140; y Paxton (1997), pp. 22-3, 50.
- <sup>48</sup> Ver Fritzsche (1998), pp. 140-5, 154, 193; Rinderle/ Norling (1993); y Farquharson (1976).
- <sup>49</sup> Ver Farquharson (1976) y (1986).
- <sup>50</sup> Ver Burrin (1984).
- <sup>51</sup> Ver Little (1973a) y (1973b).
- <sup>52</sup> Ver MacGuire (1997).
- <sup>53</sup> Ver Potter (1981) y Mustapic (1984).
- <sup>54</sup> Ver Womak (1969); Figes (1989); Mao Zedong «Informe sobre el movimiento campesino en Hunan» (febrero de 1927), en Schram (1994), publicado primero en Zhanshi, números 35, 36, 38, 39 entre el 5 de marzo y el 3 de abril de 1927; Wolff (1969); Scott (1976); Anderson (1994); y Pearce (1986).
- <sup>55</sup> Ver Paige (1975); Anderson (1993); y Anderson/ Seligson (1994).
- <sup>56</sup> Ver Anderson (1994).
- <sup>57</sup> La bibliografía que recoge mejor la base moral de la rebelión es la obra sobre «economía moral». Véase Thompson. Para una aplicación de este concepto en el sureste de Asia, véase Scott (1976), y en América Central, véase Anderson (1994). Véase también Moore.
- <sup>58</sup> Ver Hamann (1999).

<sup>59</sup> Hitler prometió su apoyo a los trabajadores y a sus sindicatos en el 1.º de Mayo de 1933. Al día siguiente, sus tropas asaltaron las oficinas de los sindicatos, vapulearon a sus delegados y arrestaron a sus líderes, a los que más tarde enviaría a los campos de concentración. Véase Shirer (1985), pp. 201.3.

<sup>60</sup> Ver Paxton (1998) y Payne (1995).

## BIBLIOGRAFÍA

- ADLER, F.H. (1995): *Italian Industrialists from Liberalism to Fascism: The Political Development of the Industrial Bourgeoisie, 1906-1934*, Cambridge University Press.
- ALLEN, W.S. (1973): *The Nazi Seizure of Power: The Experience of a Single German Town, 1930-35*, Nueva York, New Viewpoints.
- ANDERSON, L.E. (1993): «Agrarian Politics and Revolution: Micro and State Perspectives on Structural Determinism», *Journal of Theoretical Politics* (octubre de 1993).
- ANDERSON, L.E. (1994): *The Political Ecology of the Modern Peasant: Calculation and Community*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- ANDERSON, L.E./ M. A. SELIGSON «Radicalism and Reformism in a Democratic Context», *American Journal of Political Science*, (noviembre de 1994).
- BERMAN, S. (1997): «Civil Society and the Collapse of the Weimar Republic», *World Politics*, vol. 49, número 3, pp. 401-420
- BOSWELL, L. (1998): *Rural Communism in France*, Ithaca, Cornell University Press.
- BURRIN, P. (1983): «La France dans le champ magnétique des fascismes», *Le debat*, 32, pp. 52-72.
- CARDOZA, A.L. (1982): *Agrarian Elites and Italian Fascism: The Province of Bologna, 1901-1926*, Princeton University Press.
- CORNER, P. (1975): *Fascism in Ferrara, 1915-1925*, Oxford U.P., Oxford.
- FARQUHARSON, J.E. (1976): *The Plough and the Swastika: The NSDAP and Agriculture in Germany, 1928-45*. Londres, Sage Publications.
- FARQUHARSON, J.E. (1986): «The Agrarian Policy of National Socialist Germany». En Robert G. Moeller (ed.): *Peasants and Lords in Modern Germany*, Boston, Allen Unwin.
- FIGES, O. (1989): *Peasant Revolution Civil War: The Volga Countryside in Revolution 1917-1921*, Oxford, Clarendon Press of Oxford University Press.
- FRIETZSCHE, P. (1998): *Germans into Nazis*, Harvard University Press, Cambridge-Massachusetts.
- FRADER, L. (1991): *Peasants and Protest: Workers, Politics and Unions in the Aude, 1850-1914*, Berkeley, University of California Press.
- HAMANN, B. (1999): *Hitler's Vienna: A Dictator's Apprenticeship*, Nueva York, Oxford University Press.
- HUNTINGTON, S.P. (1991): *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, University of Oklahoma Press.
- IRVINE, W.D. (1991): «Fascism in France and the Strange Case on the Croix de Feu», *Journal of Modern History*, vol. 63, pp. 271-295.

- JUDT, T. (1979): *Socialism in Provence*. Cambridge, Cambridge University Press.
- LINZ, J. (1980): «Political Space and Fascism as a Mass Movement in International Europe» en Stein Ugelvik Larsen, Bernt Hagtvet y an Petter Miklebust (eds): *Who were the Fascists? Social Roots of European Fascism*, Universitetsforlaget, Bergen-Oslo.
- LITTLE, W. (1973a): «The Party and State in Peronist Argentina 1945-1955». *Hispanic American Review*, vol. 53, número 4, pp. 644-662.
- LITTLE, W. (1973b): «Electoral Aspects of Peronism, 1946-1954». *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 15, número 3, pp. 267-284.
- MADSEN, D. / P. SNOW (1991): *The Charismatic Bond: Political Behavior in Time of Crisis*, Cambridge-Massachusetts, Harvard University Press.
- MCGUIRE, J. (1997): *Peronism Without Peron*, Stanford, Stanford University Press.
- HANS, Mommsen (1986): *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, University of North Carolina Press, Chapel Hill.
- MOORE, B.: *Injustice: The Social Basis of Obedience and Revolt*.
- MUSTAPIC, A.M. (1984): «Conflictos Institucionales durante el Primer Gobierno Radical: 1916-1922», *Desarrollo Económico*, vol. 24, número 94, pp. 85-108.
- PAIGE, J. (1975): *Agrarian Revolution: Social Movements and Export Agriculture in the Underdeveloped World*, Nueva York, Free Press.
- PASSMORE, K (1995): «Boy Scouting for Grow-ups? Paramilitarism in the Croix de Feu and the Party Social Français», *French Historical Studies*, vol. 19, n.º 2, pp. 271-95.
- PAXTON, R.: *French Peasant Fascism: Henry Dorgeres's Greenshirts and the Crisis of French Agriculture, 1929-1939*.
- PAXTON, Robert O.: «The Five Stages of Fascism». *Journal of Modern History*; (marzo de 1998), vol. 70, n.º 1,
- PAYNE, S. (1980): «Social Composition and Regional Strength of the Spanish Falange». en Stein Ugelvik Larsen, Bernt Hagtvet y an Petter Miklebust (editores): *Who were the Fascists? Social Roots of European Fascism*, Bergen-Oslo, Universitetsforlaget.
- PAYNE, S. (1995): *A History of Fascism, 1914-1915*, Madison, University of Wisconsin Press.
- PEARCE, J. (1986): *Promised Land: Rebellion in Chalatenango, El Salvador*, Londres, Latin American Bureau.
- PLATT, D.C.M/ G. DI TELLA (editores) (1985): «Argentina, Australia and Canada: Studies in Comparative Development, 1870-1965», Nueva York, St. Martins Press.
- POTTER, A.L.: «The Failure of Democracy in Argentina: An Institutional Perspective», *Journal of Latin American Studies*, vol. 13, parte I (1981), pp. 83-109.
- RINDERLE, W./ B. NORLING (1993): *The Nazi Impact on a German Village*, Lexington, University Press of Kentucky (1993).
- SCHRAM, S.: (ed.) *Mao's Road to Power: Revolutionary Writings 1912-1949*, Vol. II, Londeres, M.E. Sharpe.
- SHIRER, W.L. (1985): *The Nightmare Years, 1930-1940*, Nueva York, Bantam Books.
- SCOTT, J.C. (1976): *The Moral Economy of the Peasant*, New Have, Yale University Press.
- SNOWDEN, F. (1989): «The Fascist Revolution in Tuscany, 1919-1922», Cambridge, Cambridge University Press.
- SOLBERG, C. (1987): *The Praries and the Pampas: Agrarian Policy in Canada and Argentina, 1890-1930*, Standford, Standford University Press.
- SOUCY, R. (1986): *French Fascism: The First Wave, 1924-1933*, New Haven, Yale University Press.
- SOUCY, R. (1995): *French Fascism: The Second Wave, 1933-1939*, New Haven, Yale University Press.
- WOLF, E. (1969): *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Nueva York, Harper and Row.
- WOMAK, J. (1969): *Zapata and the Mexican Revolution*, Nueva York, Knopf.